

EL MAESTRO Y LA REVELACIÓN DEL OTRO (EN MEMORIA DEL MAESTRO RUBIO)

GLORIA PATRICIA ROJAS VELÁSQUEZ*

RESUMEN

Tres preguntas abren este texto: ¿Es posible hoy hacer antropología desde la filosofía? ¿Es la antropología filosófica un discurso cuyo tiempo ya pasó? O, ¿acaso la actitud contemporánea de sospecha hacia el quién de la pregunta no muestra más que una urgencia, la de tenerse que constituir como ser humano? Señala la autora que quien tuvo la posibilidad de encuentro con el maestro Rubio, pudo ver el desgaste del hombre deshaciéndose en humanidad y del filósofo empeñado por la tarea de lo humano en el discurso. Y, con Lévinas, afirma que la humanidad no puede ser más que algo enseñado; la humanidad se logra gracias a un maestro. En la constitución de lo humano se necesita una irrupción, un desencantamiento del sí mismo; y es el maestro el que me incomoda para ello. El maestro Rubio era el gran denunciante de los sueños de totalidad y se constituía a la vez como el que respondía por la miseria del denunciado; es decir, el maestro Rubio enseñaba antropología con responsabilidad.

Palabras claves: Rubio, Antropología Filosófica, Maestro, Humanidad, Alteridad

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

THE TEACHER AND THE REVELATION OF THE OTHER (TEACHER RUBIO, IN MEMORIAM)

GLORIA PATRICIA ROJAS VELÁSQUEZ*

ABSTRACT

Three questions open this text: Is it possible to do anthropology from a philosophic perspective today? Is philosophic anthropology an outdated discourse? Or, is it just the contemporary attitude of suspicion of the 'who' of the question that shows more than an urgency, the urgency to have to become a human being? The author points anyone who encountered teacher Rubio could appreciate him as a man wearing out in humanity and as a philosopher completely committed to the human task in discourse. And, being in tune with Lévinas, the author holds humanity has always to be taught, humanity is achieved by the grace of a teacher. In the constitution of the human an irruption is always needed, a disenchantment of oneself; and, the teacher annoys me for it. Teacher Rubio was both the great accuser of totalitarian dreams and the defender of the accused ones in misery. That is to say, he responsibly taught philosophic anthropology.

Key words: Rubio, Philosophic Anthropology, Teacher; Humanity, Alterity.

* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

¿ES POSIBLE HOY HACER antropología desde la filosofía? Después del anuncio del rostro desdibujándose en la arena pareciera imposible poder enunciar el asunto de lo humano sin arrancar al menos una sonrisa sarcástica del sorprendido interlocutor. ¿Es la antropología filosófica un discurso cuyo tiempo ya pasó? ¿O acaso la actitud contemporánea de sospecha hacia el quién de la pregunta no muestra más que una urgencia?

“Los casos de deficiencia humana –de inferioridad respecto a su tarea como hombre en los que el hombre se encuentra impotente para responder a lo que de él se espera– son una experiencia cotidiana” (Lévinas, E., 1995, pp. 85). Ciertamente, hoy más que nunca, el reconocimiento angustioso de tenerse que constituir humano nos ha llevado a la profunda desesperanza y a la renuncia de lanzarse a la conquista; más agradable, quizá más cómodo es no ponerse en marcha y con ello entregarse al encantamiento de la herramienta que promete más formas y matices que su hacedor.

Quien tuvo la posibilidad de encuentro con el maestro Rubio pudo ver el desgaste del hombre deshaciéndose en humanidad y del filósofo empeñado por la tarea de lo humano en el discurso. La tensión de quien se sabe lejos pero de quien se encuentra seducido por lo que está llamado a ser, se constituyó como talante propio del preguntador por el hombre. Así, el encuentro con lo humano se anunció atravesado de negación, no en tanto la cita fuera imposible como sí lo era su culminación y término. El ser del hombre no es, es siendo, es constituyéndose, es conquistándose, es subvirtiéndose las leyes de lo que es (Lévinas, 1993b, pp.140); el hombre es quien se sabe llamado a humanidad para poder decir yo.

Pero ¿cómo ganarme mi humanidad o como diría Ortega cómo ganarme la vida (Ortega y Gasset, 1968, pp. 45- 46)? Si el hombre no es quien es, parece que el desarrollo de lo propio sólo sería la vía de la afirmación de lo que ya es, es decir de lo no humano que hay en mí. Por tanto, la humanidad no puede ser más que algo enseñado, algo que alguien que no soy yo me entrega; la humanidad se logra gracias a un maestro. Para ser hombre debo constituirme hombre entre hombres que son absolutamente extraños para mí, debe haber un hombre en camino de humanidad que me llame a mi propia forma. Sólo alguien que está aplicado en humanización puede mostrarme que yo no soy resuelto, sólo alguien que está empeñado en mí puede abrirme los ojos para fijarlos en él.

Es así que la reflexión en torno al maestro trasciende los tratados de pedagogía o incluso los interroga, no se trata de llevar a nadie –como nos lo recordaría Lévinas– se trata de encontrarme con el otro que en su profunda extraneidad me enseña humanidad. “Donde la enseñanza no se convierte en la mayéutica. Viene del exterior y me trae más de lo que contengo” (Lévinas, E., 2000, pp. 75). En el corazón, pues, del asunto por lo humano está el maestro, un maestro que sabe que el hombre está por venir.

Se necesita así para la constitución de lo humano una irrupción, un desencantamiento del sí mismo; es el maestro el que me grita ‘no’, el que me incomoda, quien dice dos cosas: ‘no estás listo’ y ‘me he empeñado en tí’. El maestro Rubio era el gran denunciante de los sueños de totalidad o mejor de totalitarismo y a la vez se constituía como el que respondía por la miseria del denunciado. El maestro Rubio enseñaba antropología con responsabilidad: “La responsabilidad por el otro es precisamente la no-indiferencia de esta diferencia: la proximidad del otro” (Lévinas, 1993a, pp.126).

La antropología filosófica no puede ser más que el espacio privilegiado para encontrarse con el otro y por ello para empeñarse en humanización. El maestro me enseña que el *yo pienso* no es matriz de lo humano, que es propio de lo humano justamente apostar o acoger al otro hombre. ¿Y es camino positivo o edificante lo que me propone el maestro desde su grandeza? Si es el maestro quien dice no a la grandeza totalizante no puede ser desde ella la enunciación de su palabra; el maestro debe ser la encarnación de lo radicalmente otro, ¿quién puede serlo ante esa primigenia tentación? El otro del ensueño, el no, proviene de lo que me perturba, de la pequeñez, de la herida, del dolor, de la arruga.

El maestro que es señor, muestra su señorío desde la pequeñez, su palabra que es próxima muestra la lejanía entre él y yo. El maestro me interpela, con su mirada fijada en mí debo decir yo:

Pero la responsabilidad a la que estoy expuesto en una pasividad así no hace presa en mí como en una cosa que se pueda intercambiar, pues aquí nadie puede sustituirme; por ello, al apelar como a un acusado que no va a poder recusar la acusación, me obliga como irremplazable y único. Me obliga como elegido. En la misma medida en la que, por ello, apela a mi responsabilidad, me prohíbe cualquier sustituto (Lévinas, 2000, p. 127).

El maestro me revela deudor, se ha dirigido a mí, no puedo más que responder. Debo hacerme responsable porque en su demanda yo he sido tomado, en ese sentido se muestra la fuerza de la pasividad de quien se encuentra como rehén del no.

La noche oscura del hombre es justamente el reconocimiento de esa extraneidad que me ha parido y que me ha llamado a constituirme, es por eso que sólo puedo hacerme hombre por otro hombre o mejor, para otro hombre que me exige que así lo haga. *Noche oscura* no como lugar del profundo horror sino como ocasión feliz para ser tomado por el otro, *noche oscura*, encuentro como noticia de amor, no estoy solo. Estoy llamado a amor, un amor sin concupiscencia, sin Eros (Lévinas, 1993b, pp. 129) que me dice tengo que hacerme cargo del otro, del llagado.

El maestro me ha elegido desde su dolor y su sangre y tomándome me obliga a asumirlo, a sustituirlo, he devenido culpable. No puedo decir simplemente yo, no puedo concéntrico, la humanidad me ha sido revelada: excéntrico, 'heme aquí' (Lévinas, 1993a, pp. 128) deshaciéndome para humanizarme, y es así como adquiere sentido la frase tan citada por Levinas de Dostoievski en los Hermanos Karamazov "Cada uno de nosotros es culpable delante de todos por todo y por todos y yo más que nadie" (Lévinas, 1993a, p. 128).

Un maestro de antropología, o mejor de humanidad me ha hecho culpable y me ha obligado a dejar el caliente espacio de mi estudio. Su enunciación cercana y algunas veces groseramente desprovista de la elegancia propia de la filosofía me habla de mujeres, de brujas, de indios, y hasta de telenovelas. Las palabras del maestro me arrojan de mi privado mundillo de hadas y héroes, al dolor de la historia latinoamericana.

Hay que desmitificar la decencia de las palabras, el noble ronroneo de los periodos: la respetabilidad de los libros y de las bibliotecas. Se necesita la palabra obscena, la interjección, el graffiti –hay que hacer gritar a los muros de las ciudades (Lévinas, 1997, p. 152).

Lo humano es parido con gemidos de dolor, soy culpable del tormento de mi madre, de mi padre, de mi maestro; mas reconozco tal parto como revelación de amor, amor al que soy llamado. El dolor de las entrañas del otro no hace que me pregunte cuál es la responsabilidad del otro conmigo

sino qué hago para sustituirlo en su dolor. Una vez más, o mejor, de otro modo, humanización camino de amor.

Se constituye humano ya no el héroe que trágica y grandemente dice yo al amparo del eterno retorno de lo mismo o del sí mismo o de la sustancia; sino quien se empeña en camino de humanización como proyecto de lo que aún está por venir, quien sabe que la tumba es el anuncio a mi finitud de que la deuda sigue vigente (Lévinas, 1993a, p. 127), es en la historia donde se dibuja el rostro de lo que el hombre ha de llegar a ser. Maestro me señala futuro, tiempo por venir, sólo es maestro el amado y es por el amado que puedo ver. El otro, el maestro me propone camino de santidad.

Y es justo aquí donde no quiero olvidar la última pista del maestro de antropología, María Magdalena: la santa pecadora, la mujer itinerante que siguió al Maestro como otros discípulos, la mujer testigo de la muerte de Jesús y de su sepultura, la primera que descubre la tumba vacía, la que recibe el anuncio pascual por parte de los ángeles, la que se encuentra con el Señor resucitado y la que es llamada a dar testimonio (Jn 20, 1- 18). María Magdalena en el marco del cuarto evangelio, la gran amante, se lanza a abrazar los pies del Otro y es obligada a anunciar la donación dejándose atravesar por Infinito. María Magdalena ha reconocido la autoridad del Rabbuní¹ y ya no podrá detenerse más, el sepulcro está vacío.

El rostro del hombre no se borró, se está dibujando desde la desnudez y nos revela el horizonte en que habrá de constituirse; no podemos más que interpretarlo y someternos a él, persigámoslo, tomémoslo. Sigamos – recordando al Maestro Rubio y su admiración por las formas antiguas de nuestra América– a los *tlatamini* (sabios) y a los *temachtiani* (maestros) “Maestro de la verdad, no deja de amonestar. Hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara, los hace desarrollarla. Les abre los oídos, los ilumina. El maestro de guías les da su camino, de él uno depende” (Códice florentino, 1991, libro X).

1. Jesús en este relato recibe el título cristológico dado por María Magdalena de Rabbuní, que a pesar de la traducción de la Biblia de Jerusalén decir que es un término en hebreo que quiere decir Maestro, en realidad se trata de una expresión en arameo con implicaciones más profundas que Rabbí. Con este título se está dando, ante todo, el reconocimiento existencial de aquel que tiene autoridad. (Es de notar que el criterio del traductor es dejar sin traducción las pocas palabras arameas que hay en todo el texto bíblico, siendo éste uno de esos aislados casos).

En el encuentro con el otro, con el maestro se ha revelado nuestra vocación al infinito.

Dejemos, por último, que esos hombres del México indígena que aún habitan en nuestra memoria hablen a través de los *Huehuetlahtolli* (antigua palabra):

Respuesta en que el hijo así contesta a su padre:

Padre mío, ha hecho otorgamiento tu corazón, has sido benévolo conmigo, soy tu collar, tu pluma de quetzal. ¿Acaso tomaré, me apropiaré de lo dicho, lo expresado que viene a salir, a manifestarse, a esparcirse, a derramarse de tus entrañas, de tu garganta? Así cumples tu deber conmigo que soy tu collar, tu pluma de quetzal; así no me enfadaré. Quizás alguna vez hice, realicé lo no bueno, lo no recto; así nada se te reprenderá, padre mío.

Aún soy un niño, un chiquillo, que aún remuevo la tierra, que aún estoy jugando con tiestos, que aún juego con mi orina, con mis heces, que todavía mis babas, mis mocos, revuelvo en mis manos. Porque todavía no mucho me doy cuenta, escucho; no mucho he crecido, aún no soy prudente.

¿Adónde en verdad me enviarás? Porque tú eres mi madre, mi padre, porque soy tu sangre, tu color; porque aún saldrá, se manifestará lo dicho, lo expresado por ti que eres mi madre, mi padre. ¿Acaso me desampararás? Sólo cuando no pueda hacerla mía, tu palabra, cuando no pueda apropiármela, entonces tú me abandonarás.

Y ahora eso es todo; así devuelvo tu aliento, tu palabra, un labio, una boca tartamuda, la última, terrosa, quebrada, palabra de niños, la palabra de niños, la que aún no bien sale, la que aún no bien cae; un labio, una boca, yérquete padre mío.” (Códice florentino, 1991, pp. 81-88)

(Gracias Maestro, adiós Maestro)

BIBLIOGRAFÍA

Códice Florentino. 1991. *Huehuetlahtolli Testimonios de la antigua palabra*, Transcripción del texto náhuatl y traducción al castellano de Librado Silva Galeana, México, FCE.

Lévinas, E. 1993a. *De Dios que viene a la idea*. Tr. Gonzáles Graciano Madrid. Caparrós.

------. 1993b. *Entre nosotros, ensayos para pensar en otro*. Tr. Pardo José Luis Castellana de Jesús, Valencia. Pre-Textos

------. 1995. "El nuevo sentido de la deficiencia sin preocupación" en: *De Dios que viene a la idea*. Tr. Gonzáles Graciano. Madrid, Caparrós.

------. 1997. *Fuera del sujeto*. Tr. Ranz Roberto, Madrid. Caparrós.

------. 2000. *Totalidad e infinito*. Tr. Guillot Daniel, Madrid, Sígueme.

Ortega y Gasset, J. 1968. *Meditación de la técnica*. Madrid, Revista de Occidente.